

JULIO MARISCAL O LA VOZ DE SU TIERRA

Por JUAN DE DIOS RUIZ-COPETE

Arcos de la Frontera. Verano del 49. Un muchacho, artillero de costa, alto, un poco encorvado, de zancada larga y un tanto en vaivén, acaba de volver, tostado y cetrino, a su pueblo. Lleva en el morral de la vida el júblico del retorno. Y una carga de creación poética reprimida por tres largos años de cuartel —machete e imaginaria— por los litorales de Cádiz. Unos litorales que, cada tarde, a golpes de espuma, canciones de Rafael Alberti y amistad de marineritos de pantalón de campana, han ido rociando, manteniéndolo vivo, un íntimo y glorioso poderío poético.

Allí, en Cádiz, entretanto, en la vieja taberna de «Las Cortes», en la tertulia de «La Voz del Sur», en sus contubernios nocturnos de los jueves, de los muchachos poetas de «El Parnaso»¹ —«Platero» más tarde— el poeta ha ido conociendo a Fernando Quiñones, Felipe Sordo, Serafín Pro, Paco Pleguezuelo, José Luis Tejada, José Manuel Caballero Bonald... y ha sentido como una erupción el rebrote de una vibración poética que ya se le había hecho a él antes, en su Arcos natal —colegio del castillo, literatura con don Laureano—², gozosa anunciación irreprimible.

Pues bien, tras aquel retorno a su pueblo —«grito de cal sonámbulo de altura/clavado en la garganta del paisaje»³—

1. Nombre de una revista mecanografiada de poesía, en Cádiz, de la que surgiría después la revista *Platero*.

2. Don Laureano de Toro Figueroa, un maestro nacional, de Arcos, profesor de Literatura en el Colegio de 2.ª Enseñanza y forjador de varias generaciones jóvenes del pueblo.

3. Del tríptico de sonetos «Arcos en tres nostalgias».

su exultante vitalidad de soldado recién licenciado, acrecida con sus contactos gaditanos, Julio Mariscal, que este es el nombre del poeta, propone, al apuntar aquel verano, una revista de poesía. Y así precisamente, al imperativo de su indicación inaplazable y bajo su dirección que más tenía, naturalmente de magisterio que de mando, nacería la revista «Alcavarán». Una revista que, como todas las de su género, efímera y desasistida de medios, sucumbiría pronto, pero que serviría por encima de su valor intrínseco para poner en marcha el motor creativo de un grupo de muchachos que, en algunos casos, permanece, al cabo de los años, tenaz, inextinguible⁴.

Para uno —dicho sea sin vanidad— situarse ante una obra con voluntad de análisis, con sosegada vocación indagatoria, nada tiene de extraño ni de nuevo. Lo exige, de continuo, el mismo oficio que hace tiempo asumimos, pero que antes de lograr ese *estado* de conciencia crítica hayamos de superar una fuerte situación afectiva, ya no nos resulta tan frecuente. Y éste es nuestro caso ante la obra de Julio Mariscal.

¿Por qué? Porque tenemos del poeta abundantes recuerdos inderogables, envueltos, casi todos, en ese dulce escozor que suele ir fermentando en el hombre la nostalgia y los años. Sí: en un mismo pueblo —Arcos de la Frontera— y en un tiempo en que aún no apretábamos en la mano esta moneda diaria que nos ata a la vida, empezó a hacerse cabal, imprescriptible, una amistad, la nuestra, que tanto tenía, entonces, de afecto y de curiosidad ante el misterio, como hoy, de admiración y cordialidad. Sí: de misterio decimos, porque como un mister Hyde de pueblo, separados por la raya negra del crepúsculo, Julio Mariscal se desdoblaba cada día en dos hombres distintos: el de la vida clara, común, diáfana y abierta del colegio, la poesía, la casa, los amigos... y el muchacho huidizo y oscuro para los sigilos de la noche.

Aquél dandy de su propia adolescencia, impecable pantalón de hilo blanco, chaqueta azul cruzada, abierto el cuello de su blanca camisa, poeta en ejercicio, requerido anualmen-

4. Aunque algún miembro del grupo fundador abdicó de sus empeños poéticos, la mayoría sigue fiel a aquella vocación inicial.

te para la revista local y con versos insertos ya en publicaciones importantes, era para nuestra incipiente curiosidad literaria, para nuestro indiscriminado fervor adolescente, la admiración ante lo inalcanzable.

El otro Julio Mariscal, el de la noche, era para nuestra insaciable curiosidad púber, el misterio. Cartesianos por educación burguesa, dogmáticos de prejuicios, nos resultaba incoherente la elegante figura del poeta, estudios de bachillerato, familia de la burguesía comercial, entre los hombres toscos de la noche y las sombras; esos hombres del trillo y las reatas, del esparto o la reja, que volvían al pueblo al filo del crepúsculo a inundar las tabernas o las afueras con sus aromas honrados a sudor, a tarajal o a espliego...

Aquel universo de pueblo, dividido, ya se ha dicho —Ye-kiyll de día, Hyde de noche—, por la raya diaria del crepúsculo —para nosotros los libros de texto, la piola o el trompo y, cuando más, el primer cigarrillo clandestino o la rabia por la primera rima inconquistable; para él, el soneto redondo ya, y el escozor de los primeros sobresaltos en las sombras— venía a ser para el poeta la materia viva de un afán y el tema íntimo de una creación que, indolente siempre, empezaba a erigirse en auténticamente personal. Su ejemplo literario, su estímulo cordial, su magisterio sería, para nosotros, el punto de partida de una vocación que el tiempo no ha hecho sino someter a la permanente prueba de la fidelidad y la constancia.

Por esto de recibir de él, con ejemplar respeto mutuo, los primeros impulsos para una dedicación tan gloriosa e inútil como la poesía; porque conocíamos de su zozobra interior; de su tremenda limitación, de su timidez y su carácter y, sobre todo, de la importancia gravital de su poesía, siempre que hay ocasión escribimos de este enorme poeta andaluz con intención reivindicativa.

Poeta desasitado, uno de los más desasistidos, críticamente hablando, de nuestra actual realidad literaria, ante su obra, no extensa, sí cabal; de un insuperable y personal realismo estético, tenemos que alzar, indignados, la voz de nuestra sorpresa. Pero, ¿cómo es posible este abandono?

¿Es que los críticos no se han echado a la cara, con honradez, libros como «Poemas de ausencia», «Pasan hombres oscuros», «Tierra de secanos» o «Tierra»?...

Frente a tanto crítico de bombos mutuos, de ocasión o de intercambio, frente a tanto muchachito impaciente que se cree en posesión de la verdad de la poesía porque publicó un poemita en la adocenada revista oficial del país, porque ganó unos juegos florales o porque se montó diestramente —cuántos hay— para las *public relations*, tenemos que destacar la silenciosa, apartada ejecutoria creadora de Julio Mariscal y, en este sentido, erigirlo en ejemplo.

Incorporado al carro de la poesía, válidamente, por los años del fervor sociorrealista —primeros años de la década de los cincuenta— va a responder a esta tendencia, sí, pero de una manera sólo tangencial. Julio Mariscal no es poeta de modas o de modos ocasionales. Lleva a la poesía, a su poesía con él y no sabe, ni quiere saber de escuelas ni dogmatismos crítico-didácticos.

Nacido al verso bajo el signo del amor, un amor tremendo, equívoco y oscuro, a este signo sí que va a permanecer definitivamente fiel. «Desde Pedro Salinas a Miguel Hernández —escribe con razón Manuel Mantero— no ha tenido la poesía de amor un poeta más volcado en el tema que Julio Mariscal⁵.

Sí; así es, en efecto: Y tanto, esto, en su proyección heteroamorosa («más allá de ese mayo que levanta en la sangre / una mujer en plenitud que pasa»; —«dos ojos para cielos de otoñales promesas / dos manos para agostos de caricias / dos senos como ramos / de abril en loca primavera / y una cintura esquiva como el sol del invierno»—); como en su versión oscura, prohibida («corneando furioso, inútilmente / el muro enorme de los prejuicios»—; —«este amor de nosotros / nace de la amargura / del imposible abril donde agoniza / un corazón que aprietan las ventanas /

5. Del libro de M. Mantero: *Poesía Española. Antología*. Edic. Plaza-Janés, Barcelona, 1968.

con puñales de plata entre las sombras. / Nace de un corazón acorralado / que el mundo azota con brutal palabra»—)⁶.

Más aún: en los libros que parecen afrontar, en la intención, finalidad más trascendente hay, también, una profunda motivación de amor. Así, los poemas de «Corral de muertos» son elegías, pero elegías doloridas más por el rompimiento de una relación amorosa que de un simple vínculo cordial. Los muertos de ese libro están ahí, en su tremenda fosa, en su cuarta de tierra, porque el poeta se siente atravesado, de parte a parte, por la indignación y la impotencia ante una vida en plenitud, truncada. «¿Y es posible, Señor —reprocha el poeta ante la muerte de Joaquín, el de los burros, un hombre, carbonero de oficio, joven, elemental y recio: —«Y es que merecen / cuatro palmos de tierra / tanta sangre triunfante / tanta sangre»?

En la elegía a Salvador Morilla, un marinero que murió en un tierra «del pegujal y el cardo», cuando lo que a él, le correspondía era morir, «pero sobre la ola / sobre el lomo rizado del poniente o la espuma», la pena está alentada, asimismo, por una motivación amorosa, la muerte de una vida joven. «Miguel, estoy seguro —vuelve el poeta a alzar su indignación en la elegía a Miguel Moreno— que no es así como debiera hablarte. / A ti no se te puede / encerrar en un verso / en una lágrima, / en un pedazo de / compasión o un Padrenuestro. / A ti hay que hablarte con la voz al rojo / sobre las cuatro llamas de una copla / y si te digo «ayer» y si te digo / volar de ruiseñores al olvido / acampar el toro del verano y embestirle a la tarde / hasta aventar las dalias del recuerdo»⁷.

Alejado el poeta —ya se dice— de la turbamulta literaria, de las alharacas propagandísticas, sólo y sobrio, en su pueblo —«abanico de cal con varillaje / de torres en celeste agrimensura»⁸— con la terrible gravidez de su problemática humana hecho tremendo verso de amor, uno se atreve a

6. Del libro *Tierra, Colección Veleta al Sur*, Granada, 1969.

7. Del libro *Corral de muertos*.

8. Del tríptico de sonetos «Arcos en tres nostalgias».

considerar a Julio Mariscal como el primer poeta erótico-amoroso —lo que no hace excluir su otra vertiente místico-religiosa— surgido en el período de nuestra posguerra, naturalmente que dando al concepto de lo erótico el sentido que quiere Octavio Paz: «un reflejo de la mirada humana en el espejo de la naturaleza».